

Apostillas a El Alfabeto de las cecas «libio fenices» de J. M. Solà Solé.¹

M. P. GARCIA-BELLIDO

Con grandísimo interés hemos visto aparecer esta monografía, de cuya preparación teníamos ya noticia hace tiempo por el rastro dejado por el A. en los museos, donde yo detrás de él he acudido para recoger ese mismo material aunque con fines distintos: un estudio meramente numismático. Debo decir que la aparición de este trabajo de Solà Solé ha supuesto una enorme ayuda en mi proyecto y ha marcado senderos claros donde ahora se deberán ir quitando malas hierbas.

Advertiré a todos aquellos que no han manejado directamente las piezas en cuestión —aunque el A. hace somera alusión a ello— que el material es terriblemente ingrato y que la labor reunida en esas 90 páginas supone años de trabajo. Las razones de esta dificultad son varias: 1.º que todas las piezas son de bronce, lo que implica en la Bética mala calidad en el momento mismo de su acuñación; 2.º el escasísimo número de ejemplares —excepto para Asido— con el que contamos; 3.º el pésimo estado de conservación que exige, para poder obtener una leyenda íntegra, tener cuatro o cinco piezas medianamente preservadas, lo que a su vez, es en casos imposible; 4.º que aunque la variedad epigráfica dentro de una misma ceca pueda a veces proporcionar la información necesaria para determinar con exactitud un signo al ofrecer variantes identificables junto a otras que no lo son, sin embargo las diferencias epigráficas entre las cecas, enormes, impiden a menudo comprobar si el signo identificado en una leyenda es o no el mismo que aparece en otra; 5.º que al ser escaso el número de ejemplares en estudio y dada esa variedad epigráfica, puede que la aparición de nuevos ejemplares invalide la interpretación propuesta; cabe como contrapartida, siendo optimistas, que las hipótesis presentadas se vean —éste es el caso de algunas de Solà Solé— confirmadas. Gracias a la colaboración del Sr. Villaronga, quien me ha suministrado un amplio repertorio de colecciones privadas, he podido detectar algunas piezas que hacen ambas labores, nos confirman las hipótesis ciertas y nos hacen dudar de la validez de otras.

Quiero advertir que, naturalmente, me siento incapacitada para hacer un

1. Barcelona 1980. Publicado por Puvill-editor. 90 págs., 2 láminas desplegadas y 1 mapa.

comentario lingüístico al trabajo de Solá Solé y que mis apostillas se limitarán a dar una información numismática en todo aquello que pueda incidir directamente en asuntos epigráficos.

La monografía que comentamos está llevada a cabo con rigor y es clara aunque muy densa. Consta de una Introducción, ocho capítulos dedicados a las respectivas cecas y una Conclusión. Para su desarrollo es esencial consultar las tres láminas-tablas que van al final del libro y que justifican la hipótesis de trabajo del A., según la cual la escritura libio-fenice no es sino una variante de escritura neopúnica. La segunda contiene signos fenopúnicos con variantes atestiguadas en su mayoría en Hispania y que sirven al A. para la interpretación epigráfica de cada signo. Sin embargo esta tabla es incompleta al no comprender todos los signos del alfabeto, sino sólo aquellos que según el A. aparecen en nuestras cecas. El lector desearía poder comprobar por sí mismo si efectivamente no hay duda en la lectura. Una primera tabla recoge por cecas algunas de las monedas que ha utilizado el A. para su estudio, indicando en cada caso a qué colección pertenecen. Echo aquí de menos dos cosas: el número de referencia dentro de las colecciones, de manera que en cualquier momento se pueda saber a qué ejemplar en concreto se refiere, y la ilustración fotográfica que el A. cree poder sustituir con dibujos de los epígrafes, pero en ningún caso son éstos tan objetivos como una fotografía. La falta de referencia y de fotografía hace que a veces me haya sido imposible identificar ejemplares que indudablemente conozco pues están en colecciones que he estudiado, imposibilidad basada en la distinta lectura que damos a un mismo epígrafe. En la segunda parte de esa misma tabla el A. tipifica esas leyendas y maneja sólo lo que son variantes, pero no transcribe las lecturas, lo que dificulta en gran manera el manejo del libro; es decir, que para saber la lectura de cada signo hay que acudir al capítulo sobre la ceca, cuando hubiese sido fácil escribir sobre el signo la transcripción que el A. propone, tal como se ha hecho aquí en la fig. 1.

En la Introducción da el A. un repaso a los estudios previos sobre el tema y enumera una serie de puntos básicos y generales que afectan a estas cecas: 1.º) que los epígrafes corren de derecha a izquierda con escasísimas excepciones, 2.º) que nuestras cecas están relacionadas por su tipología con Gades esencialmente, pero también con el N. de Africa, 3.º) que nos encontramos, como han opinado de siempre la mayoría de los eruditos, ante una escritura de tipo fenopúnico que el A. identifica como neopúnica con lo que ello implica de variabilidad y extremada evolución epigráfica.

Para la cronología, acepta el A. la identificación propuesta por A. Beltrán del A. IRTHIVS que aparece en una pieza de Lascuta con el Aulus Hirtius que entre el 49 y 45 a. C. estuvo en España como lugarteniente de César. Sin embargo hay que puntualizar que la ortografía de ambos no coincide y que sería posible que estuviésemos partiendo de una fecha falsa. De todas formas es el único dato, aunque inseguro, sobre el que montar una cronología para estas acuñaciones.

El núcleo de la obra lo forma el estudio pormenorizado de cada ceca donde se hacen unos cuadros con las lecturas previas, comentando las aportaciones de valor, seguidos por una justificación, signo por signo, de la lectura que el A. propone, y un estado de la cuestión sobre la ubicación de cada ceca.

Un capítulo de Conclusiones cierra la obra, donde se abordan las pocas

ASIDO				OBA			
N	D	S	H	N	B	9	Y
5	4	3/2	1	4	3	2	1
J	{	{	{	J	{	{	{
J	{	{	{	9	{	{	{
J	{	{	{	A	{	{	{
J	{	{	{	J	{	{	{
J	{	{	{	1	{	{	{

BBL			LASCUTA				
L	B	B	T	W	K	S	L
3	2	1	6	5	4	3/2	1
J	{	{	J	{	{	{	{
J	{	{	J	{	{	{	{
J	{	{	J	{	{	{	{
J	{	{	J	{	{	{	{
J	{	{	J	{	{	{	{

BALLO					ARSA		IPTVCI						
N	N	L	Y	B	R	W	Y	S	C	W	D	B	Y
6	5	4	3	2	2	1	7	6	5	4	3	2	1
J	{	{	{	{	J	{	J	{	{	{	{	{	{
J	{	{	{	{	J	{	J	{	{	{	{	{	{
J	{	{	{	{	J	{	J	{	{	{	{	{	{
J	{	{	{	{	J	{	J	{	{	{	{	{	{
J	{	{	{	{	J	{	J	{	{	{	{	{	{

TVRIRIICINA								VESCI				
N	K	R	Y	S	L	9	T	N	Y	S	H	W
9	8/7	6	5	4	3	2	1	6	5	4	3/2	1
J	{	{	{	{	{	{	{	J	{	{	{	{
J	{	{	{	{	{	{	{	J	{	{	{	{
J	{	{	{	{	{	{	{	J	{	{	{	{
J	{	{	{	{	{	{	{	J	{	{	{	{
J	{	{	{	{	{	{	{	J	{	{	{	{

Figura 1. — Reproducción de la Lám. I de Solá Solé.

conclusiones generales que se dejan extraer: que todas ellas escriben en fenopúnico, en casos con restos muy arcaizantes y en otros muy evolucionados. El A. las interpreta como neopúnicas con la variabilidad de escritura que ello implica y que en nuestro caso, y debido a la ausencia de un contexto púnico, e incluso a la lejanía geográfica de un núcleo púnico, implica una falta de norma todavía mayor y una mayor capacidad de latinización, como en el caso de Turiricina, Arsa e Iptuci, las cecas más alejadas geográficamente del centro de semitización de Gades y Asido, cuyas leyendas presentan las formas epigráficas más aberrantes y más influidas por el latín, como en el caso de *K* de Turiricina. El A. extrae de su estudio algunos datos suficientemente claros, según él, como para justificar el origen semítico de la lengua a la que corresponden estas leyendas monetales, datos que sintetizados son los siguientes: 1.º) restos etimológicos fenopúnicos que perviven en el nombre de algunas cecas como Asido, Bailo y Turiricina; 2.º) antropónimos como *Bodo*, documentado en Lascuta y de indudable origen oriental; 3.º) la constante de una escritura defectiva pero con intentos incipientes de vocalización que, sin embargo, siguen la norma propia de la escritura púnica y neopúnica; 4.º) restos de elementos gramaticales fenopúnicos como en el caso del artículo *h* en Asido y de la partícula *s* * introducida entre los dos elementos de Turiricina, y 5.º) un sistema fonológico claramente fenopúnico con sus tres silbantes y múltiples signos faríngeos y guturales, que testimonian necesariamente un sistema lingüístico oriental.

Una vez presentada la obra, quisiera, a la vista del material numismático que yo poseo, discutir ceca por ceca las lecturas y transcripciones que el A. propone. Mantengo en la presentación el mismo orden del A., que no es el alfabético sino el de mayor facilidad de interpretación de los epígrafes.

4 3 2 1

Oba = N B ' Y².—Añade el A. a los tipos presentados por Vives, uno nuevo con A/ Cabeza primitiva, R/ Caballo parado, encima leyenda indígena, delante rótulo latino (O)BA. El A. ha localizado dos piezas, una en Estocolmo y otra en Sevilla, ésta no segura. Yo desconozco ambas.

Entrando en las cuestiones epigráficas es evidente que la leyenda de *Oba* está muy normalizada, y ya Heiss y Berlanga supieron interpretar bien no sólo la dirección del epígrafe sino casi todos sus signos, con los que el A. coincide excepto en la lectura del 2.º.

El 1.º signo se presenta de forma casi constante como un zig-zag vertical igual al ejemplar de París (Lam. I, n.º 32 del A.). Otras piezas escriben sólo una parte de ese zig-zag, bien la superior que abre a izq. —Vives 90, 2—, bien la inferior a dcha. —Vives 90, 1—, ambas del IVDJ. Respecto a las formas de los dos ejemplares que el A. dibuja (Lám. I, núms. 31 y 34) siento no estar de acuerdo con ellas, a no ser que fuesen piezas diferentes a las por mí vistas; la falta de fotografías me impide asegurar que se trata de las mismas piezas recogidas por mí, o para mí, en esos centros. De todas formas la semejanza del signo con el paralelo que el A. presenta en Lám. II, n.º 38, es muy clara.

* Por falta de los tipos apropiados no figuran los puntos diacríticos en *sin*, *sade*, *H*, *h*, y *res* (dibujados y reproducidos aquí mediante grabado)

2. Para que se pueda seguir con más facilidad la discusión reproduzco al comienzo de cada ceca la transcripción que el A. propone. En la fig. 1 reproduzco la normalización de las leyendas que el A. incluye en su Lám. 1, añadiendo yo las transcripciones propuestas por Solá Solá.

El 2.º signo, leído por Heiss y Berlanga como *waw*, es para el A. un '*alef*, y creo que es una interpretación correcta. Su epigrafía, muy fijada, presenta sin excepción —sigo sin estar de acuerdo con el A. respecto al ejemplar de la ANS—, una Y griega cuyo trazo corto es el izquierdo, lo que coincide plenamente con formas usuales del '*alef*.

El 3.º signo es a mi juicio el más peculiar. Sin duda estamos ante un *bet* como el A. quiere, y el ejemplar del IVDJ —Vives, 90, 2— nos muestra su epigrafía idéntica a todos los *bet* que encontramos en este trabajo: los de Bailo, Iptuci, y no digamos los que sirven de contramarca en Asido. Más aún, esta epigrafía es la que se utiliza en la pieza de Copenhague —fig. 3— a la que haré referencia al estudiar Asido. Sin embargo, en la mayoría de las monedas de Oba el *bet* está trazado de forma más tradicional, digamos más arcaica. La extrañeza es mayor si pensamos que la ciudad estaba en un círculo muy cercano geográficamente a Asido, Iptuci y Bailo, donde los *bet* están muy normalizados. Yo me pregunto si ese arcaísmo no implicará una mayor antigüedad de sus emisiones respecto al resto de las otras cecas, insinuación reforzada por el también más arcaico *yod*.

También constante es la forma del último signo, que el A. transcribe por *nun* y que efectivamente recuerda a los de Asido, Bailo y Turiricina, pero también hace pensar —como lo hicieron Heiss y Berlanga— en el *lamed* del epígrafe de Asido *BBL*.

El A. interpreta los dos signos centrales como el nombre de la ciudad —OBA— con un prefijo Y- y un sufijo -N. Schulten ponía este topónimo en relación con Ossonoba y Onoba. Su ubicación está fijada con bastante seguridad en Jimena de la Frontera donde inscripciones de las allí aparecidas hacen referencia a una *res publica Obensis*.

5 4 3/2 1

Asido = N D S H. — se trata de la ceca mejor representada, tanto por

el alto número de ejemplares que nos han llegado, como por su buena conservación. Son numerosas las leyendas íntegras que tenemos, pero su epigrafía, aunque muy normalizada, es de difícil interpretación.

A las emisiones publicadas por Vives añade el A. una nueva, que en realidad no es tal, sino reutilizaciones de los semises de Cástulo —Vives, 68, 9— a los que se les añadió el rótulo ASIDO con posterioridad. Todos ellos pertenecen a la misma emisión castulonense, lo que es interesante para precisar una fecha *post quem*, y son relativamente abundantes; yo he localizado cinco piezas.

En cambio, sí puedo añadir otra a las leyendas clasificadas hasta ahora, que podría resultar muy interesante. La pieza —fig. 2— se guarda en el MAN. Los tipos monetales son los conocidos —Vives, 90, 5— pero la leyenda bajo el delfín consta sólo de tres signos, éstos van cabeza abajo y son dextrógiros. Lo más interesante es que sobre el delfín existe un segundo epígrafe de tres(¿) signos, de caligrafía más barroca que la habitual de la ceca, y en clara relación con lo que Solá lee *BBL* en otras monedas de Asido, pero cuyo primer signo se asemeja a los estudiados por el A. en Gades y en relación con los de Lixus, Tingis y Sexi, de lectura según él *MB'L*.

En conexión con estos epígrafes están otros ejemplares de Asido bien conocidos —Vives, 90, 6— donde como contramarca se escribió lo que Solá interpreta *BBL*; pues bien, todos estos ejemplares contramarcados proceden



2,5/1

2



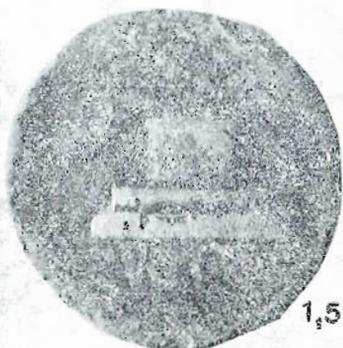
1/1

3



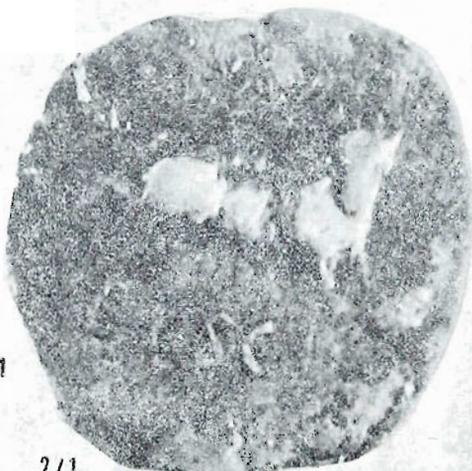
2,5/1

4



1,5/1

5



2/1

6

de un mismo cuño, ya muy desgastado, fácil de comprobar porque las zonas de mayor desgaste coinciden en todas las piezas, y los flanes son todos ellos menores que el resto de la emisión. La interpretación de momento más lógica para la existencia de estas contramarcas, me parece ser el que la propia ceca de Asido y antes de ponerlas en circulación, legalizó estas piezas que, por su menor cospel, peso, peor factura y por faltar la leyenda, pudieran haber sido consideradas como no legales. De que la contramarca se hizo en la ceca y antes de su dispersión no hay duda, pues como he dicho antes, proceden todas de un solo cuño en su estado final. Solá Solé piensa sin embargo que existió otra ceca *BBL* que acuñó junto con Asido estas piezas. Hay que recordar a favor del A. que existen, además de la emisión contramarcada, otras dos más de semises —Vives, 90, 9 y 10— donde se escribe solamente este epígrafe *BBL*. Creo sin embargo que hay razones en contra. ¿Por qué se contramarcaron sólo unas cuantas piezas, de toda una emisión, a nombre de esa *BBL*? Hay más: en dos piezas similares, una de Copenhague y otra de la Academia de la Historia de Madrid, aparece una leyenda de tres signos que no se dejan identificar con los de Asido aún cuando el tipo del rev. —delfín— podría serlo; pues bien, sólo en la de Copenhague —fig. 3— y delante de la leyenda se escriben los primeros signos del supuesto *BBL*, además van escritos en caracteres menores que el resto del epígrafe, de forma semejante a las contramarcas en Asido.

Pues bien, yo me inclino a pensar que en la leyenda de la pieza del MAN —fig. 2— estamos ante algo similar a lo que en Lixus, Tingis, Sexi, Gades y en la pieza de Copenhague aparece ante el nombre de la ciudad, y que ha estudiado Solá Solé dándole la interpretación de «obra de», acuñación de», que estatificase la firma. El hecho de que en dos emisiones de semises de Asido —Vives, 90, 9 y 10— aparezca esta leyenda sola no debe, creo yo, hacernos pensar que es el nombre de otra ceca.

En todo caso, y sin entrar naturalmente en el problema filológico que escapa a mi competencia, creo que no se puede separar la lectura de estos signos libio-fenicios de la de la leyenda fenopúnica de Gades, Tingis, Lixus y Sexi, de interpretación también muy discutida, ya que en buena medida ambos textos son idénticos, y si la lectura de Solá en Gades, *MB'L*, es correcta, deberíamos leer para Asido *B'B'L*, excepto en el caso de la pieza del MAN ya citada cuyo primer signo es aberrante. En realidad se puede tratar en todos estos casos de una fórmula legalizadora.

Respecto a la lectura del topónimo indígena es también muy problemática. La del primer signo, que el A. interpreta *he*, es probable, pero las formas comparativas que él aporta en su Lám. II no parecen apoyar su propia lectura. El otro caso de un *he*, en Turiricina, aparece siempre escrito en el sentido inverso al de Asido. Quizá en contra de esta lectura esté el hecho de que en dos emisiones diferentes —Vives, 90, 2 y nuestra fig. 2— el topónimo de Asido se abrevie en tres signos: el primero es el *he*, artículo para el A., y los otros dos forman una sola letra. La fórmula diferenciadora con sólo la inicial de la ceca no sería muy clara.

El A. une en una sola letra los signos 2.º y 3.º interpretándolos como un *sade*, sin embargo separa como dos letras diferentes el 4.º y 5.º signos. El A. arguye que en el primer caso los signos aparecen más cercanos entre sí, y yo tengo que disentir y decir que esas letras suelen guardar entre sí distancias equidistantes.

El grave problema para Asido es que no hay que esperar nuevas piezas que aclaren nuestros problemas, pues su epigrafía está muy normalizada y presenta pocas variantes. Su grafía es una de las más evolucionadas y alejadas del alfabeto fenopúnico, lo que explica su gran dificultad de interpretación.

6 5 4 3 2 1

Bailo = N N ' L Y B. —Añade el A. una variante a las publicadas por Vives, piezas donde el toro mira a la dra. Hay además otro tipo que quizá se podría adjudicar a esta ceca, y que Vives intercaló entre las «inciertas» —70, 11—. La leyenda aunque no totalmente clara podría interpretarse como BAILO y su rev. es el normal de la ceca, con espiga y leyenda, sin embargo en anv. introduciría un tipo totalmente nuevo: racimo de uvas y una S o serpentiforme a dra. Quede pues como conjetura.

La transcripción de todos los nombres latinos que aparecen en estas emisiones la hace el A. siguiendo la interpretación clásica, excepto el epígrafe *FAT* que interpreta como transcripción en alfabeto latino de la abreviatura de *fa('ula)t*, epígrafe púnico que ya leyó el A. en Gades. A mí me parece un total acierto que se ve confirmado por la clarísima L que va ligada a la A y que aunque el A. no ha visto es visible en varios ejemplares de Cardim —fig. 4—, Lizana, e incluso del MAN. En este caso la L vendría a completar la transcripción literal de una escritura defectiva. Respecto al aedil L. APO. cuya interpretación Apollonius puede muy bien ser la correcta, es importante constatar que no sólo el nombre, sino la forma tan peculiar de ligadura de la A y la P, aparece en las piezas de Urso —Vives, 92, 3-6—, dato cuyas implicaciones habrá que perseguir.

El epígrafe indígena es claro y no presenta grandes variantes, excepto el ejemplar 21 del A. —naturalmente en dirección retrógrada—, cuyos 1.º y 5.º signo están en dirección dextrógira, detalle que trasluce una vez más la opinión del A. sobre la falta de normativa y la influencia de una escritura dextrógira como la latina, que hacía vacilar la dirección de las escrituras vecinas en proceso de aculturación, como ocurre en ese mismo ambiente con las acuñaciones de Cástulo y Obulco que comienzan siendo retrógradas y tras un período vacilante acaban por escribir de forma dextrógira.

La lectura que propone el A. es *BYL'NN* de la que sólo pongo en duda que los dos últimos signos sean iguales. En todos los ejemplares están claramente diferenciados. En el 5.º signo la terminación es siempre hacia arriba mientras que el 6.º es claramente hacia abajo; más aún, en el ejemplar que comentábamos antes, n.º 21 del A., no se han cambiado de dirección los dos signos, cosa que hubiese sido de esperar si estuviésemos ante dos ocurrencias del mismo signo, sino que en realidad sólo uno es dextrógiro. En el ejemplar n.º 18 del A. es clarísima la distinción de los signos 5.º y 6.º, aunque aparecen ligados. Creo que probablemente estamos ante dos signos diferentes, y que en todos los epígrafes se ha hecho un esfuerzo para que ello quede claro; cuanto mejor es la caligrafía más clara es la diferencia.

La ubicación de la ceca está fijada en Bolonia, cuyas excavaciones, tanto las antiguas de Pierre Paris, como las actuales de la Escuela Francesa, han dado piezas. De momento no es de esperar que podamos contar con más información pues la zona de trabajos es la de época imperial.

6 5 43/21

Lascuta = T W K S L. — Es la ceca tipológicamente más compleja y de difícil interpretación. Vives interpreta el tipo 92, 7-10 como «sin duda espigas mal trazadas», idea que recoge Solá Solé. Creo que en realidad deben verse como palmas —así lo vio ya A. Beltrán— con paralelos clarísimos cuya presentación haré en otro lugar.

La distribución de los epígrafes en las diferentes emisiones no es tampoco muy regular, y en algunos casos resulta dudosa debido a la mala conservación de las piezas. El A. da como única emisión bilingüe el tipo Vives 92,1, a la que hay que añadir como ya vio Vives el tipo 3, y a las que yo agregó el 7, donde bajo el ara existe casi con seguridad una leyenda indígena. La presencia de este epígrafe la vislumbró ya Vives quien en la descripción del reverso añade «abajo...». En la pieza Villaronga 1549 —fig. 5—, bajo el ara se lee claramente el epígrafe indígena, siempre que se gire la pieza 180°, y en el ejemplar del BM 1811 se ve el trazo de la *sade* semejante a una C. En este mismo lugar, y quizá sólo en un único ejemplar —Vives, 9—, se grabó la leyenda IRTHI, de cuya identificación con A. Hirtius tengo dudas debido a la diferente ortografía. En los semises de esta emisión no parece que se escriba el topónimo en caracteres indígenas.

Respecto al tipo 1, Solá Solé lo interpreta correctamente como indígena pero no advierte al lector que la lectura debe hacerse desde fuera de la moneda, es decir, girando 180° la pieza; esta misma colocación de la leyenda la encontramos en Vives 2, muy clara en un ejemplar de Copenhague, donde el topónimo latino está escrito sobre el elefante y desde fuera de la pieza. Esta disposición de las leyendas nos hace comprender que ni el tipo 6, ni el 7, cuyos epígrafes van en la base de la moneda pero cabeza abajo, deben interpretarse como diferentes, dextrógiros, sino como el epígrafe habitual. Es posible que la justificación esté en que se copió directamente el epígrafe de una de esas emisiones —Vives 1— en que había que leerlo desde fuera.

La transcripción y lectura que el A. propone me parece totalmente justificada y muy coherente con la transcripción fonética latina. Hay que observar que en ambas falta la A final de *Lascuta*, cuya ausencia en el topónimo indígena debemos achacarlo no a su escritura defectiva sino a que el nombre real de la ciudad era *Lascut*.

En cuanto a su posible ubicación, diré que la hipótesis de que se hallase en Alcalá de los Gazules se ve ahora reforzada por la aparición de una pieza con ara en las excavaciones que lleva a cabo el Museo de Cádiz en dicha localidad, cuya noticia debo a la amabilidad del Director del Museo, Sr. Corzo.

6 5 4 3/2 1

Vesci = N Y S H W. — Ceca que acuñó sólo ases —el A. dice semises debido sin duda a un lapsus— y no muy frecuentes. Corrige el A. con razón la interpretación del tipo Vives 9,4, tenido hasta ahora como latino, y que es bilingüe. Efectivamente en un ejemplar del Ayuntamiento de Sevilla la leyenda indígena está clarísimamente delante del toro. Interesante, por su posible transcendencia en la lectura del epígrafe indígena, es la existencia en un ejemplar de Villoldo de una doble E en VEESCI —fig. 6—.

Respecto a la lectura del primer signo creo con el A. que no hay duda en interpretarlo como W. El 2.º y 3.º signo que el A. lee como una sola letra H, creo que deberían interpretarse como dos letras independientes. En el ejem-



2/1

7



2,5 / 1

8



2,5 / 1

9



2 / 1

10



1,5 / 1

11

plar de Sevilla ambos trazos están claramente separados a uno y otro lado de la pata del toro, y de ser un sólo signo no se hubiera nunca escindido así. La barra o punto —segundo signo— que sistemáticamente van a la derecha del 3.^{er} signo, ambos unidos según el A. formando una letra, no encuentra paralelos en la propia tabla de signos comparativos que ofrece el A., donde la *H* lleva siempre estos trazos menores a la izquierda. Pienso que podríamos intentar desgajar estos dos signos en letras independientes, quizás el 2.^o como *'alef* y el 3.^o como *h*, correspondientes a dos sílabas distintas, lo que explicaría en latín esa doble E del ejemplar de Villoldo. Respecto al 4.^o signo no hay duda en interpretarlo como un *sin* de acuerdo con el A. En cuanto al 5.^o y 6.^o que el A. lee como *yod* y *nun* respectivamente, pienso que quizá y con el paralelo claro de Turiricina, podrían leerse como los dos trazos de una *K*, grafía clara sobre todo en tres ejemplares: IVDJ, Casa de la Moneda y Guadán.

La lectura total, *W'HSK*, estaría quizá más de acuerdo con la transcripción fonética latina en lugar del *WHSYN* del A., con tres sílabas, las dos primeras de las cuales se transcribieron en un caso por *VEES*. La lectura de una *K* final sería coherente no sólo con la transcripción latina *Vesci*, sino con la griega *Oveskís*.

9 8/7 6 5 4 3 2 1

Turiricina = N K R Y S L ' T. — El A. interpreta como única, con variantes, la tipología de *Turiricina*. Como ya vio Vives, a un anverso con cabeza con casco y rodeada de guirnaldas de hiedra, y no vid como cree Vives, corresponde a un reverso con leyenda latina e indígena en dos líneas, y arriba y abajo falcata y rodela. Otro tipo diferente, aun cuando los cuatro ejemplares que he podido recoger estén en pésimo y semejante estado de desgaste, haciéndome suponer que estamos ante un sólo y deficiente cuño, es el de cabeza femenina con moño al estilo de Obulco o Vlia, rodeada de guirnaldas que probablemente siguen siendo de hiedra, pero que desperfectos en el contorno hicieron creer a Vives y al A. que eran espigas. Los reversos de estas piezas llevan una sola línea de leyenda, aunque es probable que exista otra inferior que debido al mal estado de todas las piezas no llegamos a ver clara.

En cuanto a la interpretación de los epígrafes latinos estoy totalmente de acuerdo con el A. En ellos se lee repetidas veces TVRIRICINA, con una única excepción: el n.º 47 del A. en el MAN, en que por error sin duda, pues toda la leyenda está retocada, aparece TURIIRICINA; que esa doble II debe interpretarse por E se ve confirmado porque en los ejemplares Vives, 93, 4, claros en dos del MAN y en el 1826 del BM, esa forma arcaica está sustituida por E. En este último ejemplar parece además, a juzgar por una fotografía, que la C no es tal sino G, pues la curva de abajo se retuerce sobre sí misma, en cuyo caso la sugerencia de Zobel sobre una posible Regina como interpretación de la segunda parte del compuesto, sería muy aceptable. La dificultad se presenta a la hora de decidirse por la Regina de Plinio situada en el Conventus Gaditanus, o por la alusión a un *reginensis* en CIL 1.037 y 1.038, procedentes ambas inscripciones de Llerena (Badajoz). La cuestión no está clara; por un lado los «libiofenices» parecen asociados al convento gaditano, y por otro las únicas procedencias que he podido recoger para las piezas de *Turiricina* se aproximan todas a Mérida, en cuyo Museo, sin embargo, me aseguran que no tienen ninguna.

La transcripción que el A. hace del primer signo indígena me parece muy

posible. Que el trazo interior del *tet* se haya convertido en punto es muy factible; el mismo proceso vemos con el *sin* de la misma leyenda, en dos monedas que el A. no conoce, una de Villaronga —fig. 7— y otra de Cardim: lo que son clarísimos trazos oblicuos se convierten en estos dos casos en clarísimos puntos.

El segundo signo, formado por una barra vertical, podría ser, dada la avanzada simplificación de esta escritura, cualquier signo cuyo trazo principal fuese el vertical. El A. lo interpreta como 'alef, pero podría ser también un *wau*.

El tercer signo lo transcribe el A. como *lamed*, pero al clasificarlo en la tabla II lo hace dentro del casillero del *h*. La equivocación es sintomática porque en realidad el signo se parece mucho más a un *h* que a un *lamed* —*vid.* por ejemplo los *lamed* de *BBL* en Asido—.

El cuarto es sin duda un *sin* con paralelos dentro del conjunto de estas mismas cecas. El A. interpreta el signo *sin* como elemento de unión entre los dos componentes, o como artículo del segundo término del compuesto. El primer componente del nombre lo identifica el A. con *tel* o sus variantes en lenguas semíticas, significando montículo, y al que no hay que buscar una transliteración en el elemento latino «tur».

El segundo componente, el transcrito en latín por *Recina*, o *Regina* en el ejemplar del BM, estaría formado según el A. por *YRKN*. La lectura de los cuatro signos parece justificada y con paralelos entre nuestras cecas. Quiero recalcar que ese proceso de simplificación en los trazos se ejemplifica una vez más en el ejemplar de Cardim, que antes saqué a colación, en cuyo *res* se ha sustituido el trazo oblicuo por un punto.

Pienso que así como el segundo elemento del nombre parece firmemente interpretado según la grafía, el primero, sin embargo, presenta todavía ciertas dudas que no deben darse por resueltas.

7 6 5 4 3 2 1

Iptuci = Y S ' W D B Y. — Con un material en pésimas condiciones de conservación ha conseguido el A. verdaderos progresos en la interpretación del epígrafe indígena. A los tipos de Vives y del A. se podría, quizás, añadir como variante del 9,3, tres ejemplares con A/Cabeza de Hércules, abajo leyenda de dos o tres letras latinas que parecen ser *AED*, y el R/ en signos neopúnicos, cuando lo normal es que la cabeza de Hércules con piel de león lleve unido el topónimo latino; pero así como el rev. no presenta dudas, las letras *AED* son confusas y de no aparecer algún ejemplar más claro no deben montarse conjeturas sobre ellas. El epígrafe latino —Vives 93,3— presenta en cuatro casos la *P* de *Iptuci* girada a izq., lo que es un dato curioso para cerciorarnos de que la influencia de ambas escrituras fue recíproca y que si hay signos neopúnicos girados a derecha, hay también latinos a la izquierda.

En cuanto a la dirección de la lectura que debe ser, según el A., de izq. a derecha y desde dentro de la rueda, diré que es cierto con dos excepciones —ambas proceden de un mismo cuño tanto de anv. como de rev.—, un ejemplar del Ayuntamiento de Sevilla y otro de la colección Cardim, donde deben leerse desde fuera de la rueda.

Un gran acierto del A. y que simplifica mucho la lectura, es el haber sabido aislar trazos que son exclusivamente decorativos y que nada tienen que ver con las letras aun cuando van junto a ellas, concretamente ante los sig-

nos 2, 4 y 6. La interpretación puede darse por segura puesto que en un ejemplar de Cardim —fig. 8— estos trazos suplementarios no existen, escribiéndose escuetamente las letras.

La lectura que el A. propone para el epígrafe indígena me parece muy justificada según el material que tenemos. Un sólo signo, el n.º 4.º, que el A. transcribe como *W*, presenta ciertas dudas. La variedad con que ese signo se presenta en diferentes ejemplares hace sospechar que la barrita que le acompaña no sea, como en otros casos, sólo decoración sino signo: en un ejemplar del MAN la barrita lleva en su base un trazo inclinado a izq., en otros dos ejemplares, de Cardim —fig. 8— y del Ayuntamiento de Sevilla, este signo 4.º se desmembra —o se repite— en dos cuadrículas, de forma que la rueda, que normalmente deja uno de sus sectores vacíos, está aquí totalmente llena de letras. En cuanto al signo, que hay que leer desde fuera como el resto de la leyenda, no está trazado como en la mayoría de los ejemplares, sino como un *nun*, a derecha el primero, y a izquierda en perfecta simetría, el segundo. Se podría pensar que es una repetición de la *W* que se escribe en cuadrículas independientes y en ambas direcciones para hacer «pendant» con los dos *yod* inicial y final que aparecen en el lado opuesto de la rueda.

Más difícil de interpretar es este mismo signo en un ejemplar de la colección Tizón —fig. 9— donde aparece grabado como una *M* latina, de cuyo trazo vertical izq. sale otro pequeño hacia arriba, recordando esa mitad izq. al *sin* de Turiricina.

Por último, y para insistir en la dificultad del tema y en la conveniencia de no dar por resuelta, a pesar de su verosimilitud, la lectura, diré que habiendo otra ceca neopúnica, aunque de formas epigráficas más arcaicas, en el Sur de Hispania —Ituci— y no lejos de nuestra Iptuci, donde sería de esperar que encontrásemos una grafía por lo menos relacionable, no ocurre así. El propio Solá Solá la transcribe, según los ejemplares de Vives, como 'YPTBK, con una *P* que no lleva la leyenda latina Ituci, y sin embargo esa *P* falta en la leyenda de nuestra Iptuci, donde el A. lee —y parece justificado— dos sonoras *b* y *d* en lugar de las dos sordas *p* y *t* que figuran en la lectura latina. El A. es consciente de estas dificultades y propone ciertas justificaciones.

La ubicación de la antigua Iptuci, aunque todavía dudosa, parece encontrarse en Prado del Rey de donde procede la inscripción del *Ordo iptucitanorum* (CIL 1923) además de la inmensa mayoría de las monedas de Iptuci en manos de coleccionistas privados.

4 3 2 1

Arsa = ' S R W. — Es una de las cecas cuya transcripción y lectura presenta más dificultades. Para empezar, no se está seguro de cuál es la línea de base, lo que naturalmente es esencial. El A. interpreta como seguro que la espiga, horizontal, tiene su vértice a la derecha del *r*, no así Vives ni Beltrán. El A. basa su justificación en que *el sin* y el *res* son claros; pero ambos signos son intercambiables si se les gira de derecha a izquierda, que es lo que ocurre al dirigir la espiga a derecha. Más aún, en un ejemplar de Tizón —fig. 10— el supuesto *sin* tiene un trazado totalmente distinto, con el agravante de que en realidad es el único caso en que vemos claro el signo. Para dificultar el problema existe un ejemplar de Balsach —fig. 11— donde clarísimamente en la leyenda inferior —dirección del A.— aparecen tres signos más

a la izquierda, que se vislumbran también en el de Tizón, y menos en el del MAN.

Estos tres signos pueden parecerse a *BBL*, sobre todo los dos últimos, siempre que se gire la moneda 180°, en cuyo caso la leyenda entera habría que leerla como ilustra Vives. Otro dato a favor sería, si se tratase realmente de una pieza de Arsa, un semis único de la colección Lizana; en él dos espigas verticales, cuya dirección lógicamente presuponemos de abajo a arriba, en cuya base parece verse la supuesta *res* que en realidad sería una *sin* al tener que interpretarse en dirección opuesta. Esto que antecede no quiere decir de forma alguna que yo me incline por la interpretación de Vives, pretende sólo recalcar las dificultades de interpretación que tienen las piezas de Arsa que por su escasez y mal estado hacen no ya la lectura, sino incluso su identificación hartamente inseguras.

Las dificultades se presentan incluso siguiendo la posición de leyenda que el A. propone. El signo inicial —*W* para el A.— no parece ser el mismo que en Vesci, Iptuci y Lascuta, y sin embargo en estas tres cecas sí coincide, de forma que quizá convenga mantener el interrogante todavía en este caso.

Respecto al segundo, un *res* para el A., tampoco es segura la interpretación. La estructura básica del signo sería un trazo vertical y uno horizontal que corta por la parte superior, como en Turiricina y en la mayoría de los casos que el A. ejemplifica en su tabla II, o dos trazos horizontales en la mitad superior del vertical, como en el ejemplar de Cerdeña CIS 143, recogido por el A. en su tabla II con el n.º 74. Pero en Arsa el signo tiene dos trazos horizontales en su mitad inferior, y de los dos es claramente más largo, más básico, el inferior; si fuese un *res* nuestro signo estaría cabeza abajo, en cambio si lo giramos se parece al *sin* de Turiricina y Vesci.

El tercer signo podría ser un *sin* —según la dirección del A.— aunque en realidad no hay ningún ejemplar en que se vea claramente la forma de flecha hacia abajo que el A. transcribe. La única moneda con este signo claro es la de Tizón —fig. 10—, que antes comentábamos, y aquí podría interpretarse como flecha aunque el trazo oblicuo derecho no forma vértice con el izquierdo, sino que sale del centro del vástago vertical. Es decir, tampoco podemos decir qué signo es.

El último es el más claro y puede perfectamente ser el *'alef* que se propone. Pero en varios ejemplares, entre ellos el del MAN, y el que reproduce Vives, se ve que la leyenda continúa, y en el caso del de Balsach y Tizón —figs. 10 y 11— se ven tres signos más, que como dije antes, quizá podrían leerse los dos últimos como *BL*, de forma semejante a los que aparecen en Asido, en Gadir, Lixus, Tingis y en los ejemplares de la RAH y de Copenhague.

Creo con el A. que es Arsa la ceca más difícil de interpretar, y de momento la más confusa.

EPÍLOGO

Concluyo así mis «apostillas» a la obra de Solá Solé y creo que el trabajo es digno de todo encomio y que el A. está en lo cierto al calificar de fenopúnica la escritura. Los signos guardan una constante semejanza con las variantes neopúnicas, y el ambiente cultural al que estas cecas pertenecen hace

muy posible la hipótesis; todo ello resulta muy coherente, no sólo con la tipología monetaria sino y sobre todo, con el ámbito geográfico en que existieron. Ahora bien, que la lectura que se ha dado a los signos sea la correcta, no podremos saberlo quizá hasta un futuro lejano. El grave inconveniente con estas acuñaciones es que sus epígrafes son el único testimonio escrito que nos queda de sus culturas, de ahí que su lectura sea incomprometida y por lo tanto incorregible hasta que otros testimonios escritos aparezcan, y estos testimonios tendrían que ser lo suficientemente completos —no sólo topónimos y nombres propios— como para que su total interpretación y significado nos demostrase que efectivamente se había leído bien esta escritura.

Más aún, en realidad se debe dudar de momento de que lingüísticamente sean pueblos fenopúnicos, pues el hecho de que hayan utilizado su escritura no es un argumento suficiente. Los topónimos y los nombres propios no son ni numerosos ni específicos para que podamos asegurar que proceden de un horizonte cultural púnico. Es muy probable que, como quiere Solá Solé, la escritura corresponda a una lengua y ésta a un pueblo y cultura semíticos, pero quizá sólo cuando esos topónimos se conviertan en ciudades y éstas en datos materiales, tanto epigráficos como arqueológicos, podamos precisar con seguridad ante qué tipo de cultura nos hallamos.

MARÍA-PAZ GARCÍA-BELLIDO
Universidad de Salamanca